

La herencia hispánica en dos autoras filipinas del siglo XX: Adelina Gurrea Monasterio y Elizabeth Medina

Andrea Gallo

Introducción

El presente trabajo propone una reflexión sobre el problema de la identidad y de la herencia hispánica de Filipinas a través de la obra de dos escritoras nativas de este país del siglo XX: Adelina Gurrea Monasterio (1896-1971) y Elizabeth Medina (1954). Ambas reflexionan, con una distancia de cincuenta años, sobre la doble herencia colonial (española y estadounidense) y sobre la relación conflictiva que el pasado provoca en la autopercepción del filipino.

Es notorio que Filipinas fue colonia española durante casi 400 años. Con la llegada a la bahía del Subig de Miguel de Legazpi en 1565 y la construcción de Intramuros (barrio histórico de la actual Manila), España estableció su dominio sobre unos importantes archipiélagos de Oriente (Filipinas, Marianas y Carolinas), dominio que terminó con la guerra hispano-americana (1898), después de la cual esta área pasó bajo el directo control norteamericano.

Menos notorio es que existe, y aunque de forma esporádica sigue existiendo, una literatura hispanofilipina¹, es decir, una producción escrita en español por los filipinos. A pesar de la situación de poliglosia de este país asiático, el español ha tenido un papel relevante en la constitución de la unidad nacional. En castellano se han expresado los padres de la patria (Paterno, Rizal, Palma, Recto...) y, hasta los años treinta del siglo XX, el español era la lengua vehicular de la educación, de la prensa y de la literatura. Además, tanto la cultura española como la literatura, han influido de manera relevante en todas las culturas indígenas de todos los ámbitos, ya sea de la vida cotidiana como de la expresión artística², y a pesar de lo que afirmaba el embajador español y filipinista

¹ En Filipinas se hablan varias lenguas (filipino, tagalo, ilocano, visaya... etc. e inglés) y cada una de ellas tiene una literatura correspondiente. Aunque se puede considerar correcto que la literatura filipina es en sí misma «plurilingüe», es decir, escrita en varias lenguas, se genera confusión al utilizar sólo el adjetivo de nacionalidad. No existe una definición unívoca para la literatura en español, al lado de perífrasis incómodas («literatura filipina en lengua española», «literatura filipina en castellano», «filipino-hispana» etc...) el término tradicionalmente más acreditado resulta ser el de «literatura fil-hispana». Contrariamente a lo que acontece con el vocablo «hispanoamericano», el Diccionario de la Real Academia Española no registra ningún adjetivo análogo para indicar el resultado étnico-cultural originado en las islas del Pacífico al encontrarse la cultura malaya con la española y la mestiza consiguientemente nacida. Por lo tanto cada autor parece haber creado un término a su gusto, según la necesidad y sensibilidad, en la tentativa de encontrar la expresión más clara y exhaustiva. Aquí se prefiere, al poco claro fil-hispano, el término, igualmente atestado, «hispanofilipino», bien por su claridad, bien por estar construido sobre el vocablo correspondiente «hispanoamericano» con el que se pone idealmente y de hecho en relación dialéctica por representar a otro fruto de la misma cultura, otra rama del mismo árbol.

² Cada lengua de Filipinas posee su propia literatura, oral y escrita. Sin embargo fuerte es la influencia del español. Al llegar los misioneros, las lenguas indígenas se empezaron a escribir con caracteres latinos. Importante es el influjo del

Mariñas Otero en 1973: «no existe una literatura filipina, sino literaturas en distintos idiomas, que funcionan como compartimentos estancos, cuyas influencias y relaciones mutuas son en todo caso reducidas, cuando no inexistentes...»³, no se puede minimizar la influencia de lo español en la *forma mentis* del filipino, de la misma manera que hoy en día el peso de lo norteamericano es indiscutible, ya que, los yanquis, a diferencia de lo que pasó en Cuba y Puerto Rico, con eficacia y en relativamente pocos años, pudieron implantar su lengua.

No cabe duda de que toda relación colonial, una vez terminado el control político del colonizador, siempre ha creado conflictos de identidad en la nueva comunidad nacional originada de la colonia, y los estudios post-coloniales bien nos dan cuenta de esta realidad. En esto Filipinas no representaría una excepción. Sin embargo la doble y fuerte penetración colonial, española en un primer momento, de los Estados Unidos posteriormente, polarizó las aptitudes frente a la herencia anterior, o agudizando el rechazo hacia todo lo que venía de España, o fomentando una aptitud pro-hispánica de defensa vigorosa de todo lo español, que se iba identificando como algo propio filipino en contra de la nueva y pujante colonización.

Las dos autoras que aquí se presentan, aunque por razones diferentes, escriben en español. Sin embargo el discurso que las dos llevan a cabo y sus consideraciones sobre la identidad filipina, su relación con el pasado y con la doble herencia colonial, pone de manifiesto el conflicto nunca resuelto de una comunidad nacional que parece no haber aceptado todos los aportes que componen su actual fisonomía. Además el hecho de que escriban con una distancia de 50 años (o más bien de 70) la una de la otra, tristemente permite observar la involución que este conflictivo proceso ha supuesto, y las muchas citas que Filipinas ha perdido con la historia.

Adelina Gurrea Monasterio

Adelina Gurrea Monasterio fue, según Luis Mariñas Otero, «la principal poetisa filipina en nuestra lengua», y la segunda mujer miembro de la Academia Filipina de la Lengua, correspondiente de la RAE, en la cual fue admitida en 1962⁴.

español en el vocabulario, pero también en la morfología (por ejemplo el tagalo cuenta con numerosas raíces españolas). Igualmente esa influencia se nota en la producción literaria, así una obra fundamental de la cultura tagala y filipina es el poema *Florante at Laura* del poeta de Bigaa (Bulacán Central) Francisco Baltazar (1788-1862), hispanización del nombre tagalo Balagtas. Se trata de un romance en verso escrito a mitad del siglo XIX según el modelo europeo que sigue los ejemplos de la novela bizantina barroca, ya que narra el amor contrastado de dos jóvenes separados por los conflictos entre Moros y Cristianos. Escrito en metro *awit* (dodecasílabo) el poema cuenta las vicisitudes de Florante en un imaginario reino de Albania en busca de la amada Laura, prisionera de Adolfo.

³ Luis Mariñas Otero, *La literatura filipina en castellano*, Madrid, Editora Nacional, 1974, pp. 8-9.

⁴ Luis Mariñas Otero, *La literatura filipina en castellano*, cit., p. 65. La primera mujer que fue admitida, en 1947, fue la poetisa Evangelina Guerrero Zacarías (1904-1949), autora de la colección *Kaleidoscopio espiritual* y de numerosos cuentos publicados sólo en revistas, premio Zóbel en 1935, y colaboradora de revistas y periódicos como «La Opinión», «Excelsior», «La Vanguardia», «El Debate». Sin embargo «Evangelina no quiso aceptar la elección por razones de modestia y de salud» (cit. en la introducción a la segunda edición de *Kaleidoscopio espiritual*, Ciudad Quezon, Imprenta Phoenix, 1959 y en Nilda Guerrero Barranco, *Nostalgias*, Manila, Ediciones Fil-Hispanas, 1968).

Adelina, la tercera de seis hijos (Ricardo, Carlos, Luis, Pilar y Teodoro), nació en La Carlota, Filipinas, en 1896, de padre hijo de español y de mestiza, y de madre española⁵. Se crió en Manila donde cursó sus estudios en inglés, así cuando era pequeña fue enviada al internado del colegio benedictino de Santa Escolástica de Manila, instituto que proporcionaba una instrucción según el plan educativo norteamericano. Ya desde niña, sin embargo, Adelina escribió siempre en español por «vocación espontánea» y, evidentemente, por ser ésta su lengua materna; a los once años, compuso una comedia, «una especie de plagio de algo que había leído» que se representó en su colegio. Pero fue a los quince años cuando empezó su carrera como escritora recibiendo el premio por el cuento *Alma de poeta* en un concurso literario para mujeres y organizado por la revista «El Bufón». En esa misma época dirigía la «Sección femenina y Literaria» del periódico «La Vanguardia» y colaboraba también con «El Mercantil». Entre los primeros reconocimientos por su actividad literaria, destacan la mención honorífica de 1918 del Casino Español de Iloilo por el tríptico de poemas *España, América y Filipinas*, y, al año siguiente, el premio de la Casa de España de Manila por el poema *El nido*. Como bien remata Álvarez Tardío, el año 1921 representa una fractura en la vida de Adelina por su, probablemente forzoso, traslado a España debido a la voluntad de su madre. Desde España, Adelina siguió colaborando con revistas filipinas, (las ya mencionadas «La Vanguardia» y «El Mercantil», y también «Tiempo/Times» de Ilo-Ilo en el que al parecer escribió como corresponsal durante la Guerra Civil, desde la zona nacionalista, bajo el pseudónimo de *Juan de Castilla*). En España donde vivió el resto de su vida (a pesar de unos largos viajes a Filipinas), Adelina siguió siendo muy activa, así que en 1934 en Madrid cofundó la «Asociación España – Filipinas», y en 1950 fundó en la capital española el Círculo Hispano-Filipino, órgano que editará obras de autores filipinos. No abandonó nunca su actividad literaria, sino que, aunque de manera esporádica, siguió escribiendo y publicando. En 1943 sacó a la luz su mejor obra, es decir, la colección de narraciones malayas de las islas Filipinas *Cuentos de Juana*; con este libro en 1951 obtuvo el Primer Premio del Círculo Internacional de Periodistas y Escritores de Literatura de la Unión Latina de París, y el texto se volvió a editar en 1955 publicado por la misma organización y

⁵ La bibliografía sobre la autora es escasa. En tiempos recientes se ha ocupado detenidamente de la escritora, trabajando incluso sobre inéditos, Beatriz Álvarez Tardío, de la Universidad de Filipinas, la cual pronto publicará una preciosa antología: Beatriz Álvarez Tardío, *Adelina Gurrea Monasterio: Vida y obra. Estudio y antología*, por el Archivo Nacional de Filipinas - Records Managements and Archives Office; se le agradece por haber permitido la consulta de su estudio. Parte de las informaciones se sacan de este trabajo.

A propósito de los orígenes de Adelina, recuerda Manuel García Castellón que: «en su crónica *Negros: historia anecdótica de su riqueza y sus hombres*, Francisco Varona cita el nombre de los Gurrea como una de las familias vascas (junto a los Aldecoa, Araneta, Camón, Lopetegui, Uriarte, Zuloaga) fundadoras del emporio azucarero que, a partir de 1840, surge en la isla visaya de Negros Occidental» Manuel García Castellón, *Introducción a “La doncella que vivió tres vidas* (Un cuento de Adelina Gurrea), en «Revista Filipina», Tomo V No. 4, Primavera 2002, http://members.aol.com/Efaro26164/la_revista.html.

con ilustraciones de Luis Lasa⁶. En 1954 Gurrea Monasterio publicó tres obras, la colección de poemas *A lo largo del camino*, que dos años después le mereció el premio Zóbel junto con José P. Bantug, la conferencia-ensayo *Filipinas heredera privilegiada decía ayer... digo hoy*, y la pieza teatral-acto único *Filipinas, auto histórico-satírico*. A tanta profusión de títulos y actividades sigue un largo silencio de diez años que se rompe en 1964 cuando la prestigiosa Editorial Doncel de Madrid premió su libro infantil *Comodón y Pamplinosa*⁷. En 1966 Adelina fue admitida en la Academia Filipina de la Lengua, aquí pronunció el discurso *Rizal en la literatura hispano-filipina* publicado ese mismo año. Al final de su vida, nuestra autora reunió poemas escritos anteriormente y publicados sólo en revistas, editando de esta forma dos volúmenes, uno con el título *Más senderos* (1967) y otro titulado *En agraz* (1968). Tenemos noticia de que Adelina Gurrea escribió más, ya que hay constancia de que compuso varios cuentos y por lo menos dos comedias y algún ensayo, menos cierta es la información sobre una (¿o dos?) novela histórica⁸. Adelina Gurrea Monasterio falleció en Madrid el 29 abril de 1971.

Gran parte de la obra conocida, es decir publicada, de Adelina, bien ensayo, bien creación artística pura, se dedica de alguna manera a reflexionar sobre la identidad cambiante de Filipinas, y sobre sus varias integrantes (la malaya, la española y la norteamericana) en continuo devenir, en continuo entrelace entre ellas. Aunque su mejor prueba artística, *Cuentos de Juana*, se debe reconocer como un texto importante de toda la literatura filipina del siglo XX, y no obstante Adelina fue poetisa de buena calidad (en nada inferior a otros colegas hombres), se le puede considerar sobre todo una animadora cultural que intentó fomentar la cultura hispánica en una época de decadencia para ésta, operación que ella desarrolla con la convicción de que lo hispánico es algo propio de Filipinas, al igual que intenta sensibilizar la cultura peninsular al problema de Filipinas.

Ella misma afirma al publicar en Madrid en 1954 la colección *A lo largo del camino* que la razón principal de edición es: «para que mi patria, Filipinas, tenga una representación más de sus poetas de habla hispana... siempre fue sueño y ambición de mi vida dar todo cuanto pudiese para evitar la extinción del castellano en mi tierra, y ahora, para hacerlo resurgir de nuevo» (p.12). Si esta afirmación no excluye la coexistencia en ella de una legítima ambición de expresión artística personal, sin embargo nos coloca en un punto de vista favorable para juzgar su actividad y nos brinda una clave de lectura correcta para considerar su obra tanto literaria como de animadora

⁶ La noticia del premio aparece en la introducción de *Filipinas, auto histórico-satírico*, Valladolid, Editorial Agustiniiana, 1954. La Unión Latina no es la actual asociación con sede en Santo Domingo y París, la cual ha nacido en 1954 y ha empezado a premiar a escritores de lenguas latinas sólo a partir de 1990, sino otra organización con el mismo nombre. Sobre ésta no ha sido posible recuperar más informaciones.

⁷ El cuento se transmite habitualmente con el erróneo título de *Comodón y Pamplinosa*; la corrección se debe a Beatriz Álvarez Tardío que ha conseguido encontrar el inédito en el fondo de la Editorial Doncel en Madrid.

⁸ Para una descripción exacta de los inéditos que se conservan véase Beatriz Álvarez Tardío, *Adelina Gurrea Monasterio: Vida y obra. Estudio y antología*, cit.

cultural. El deseo de Adelina parece ser ante todo el de transmitir a la posteridad un mundo, incluso lingüístico, que le era propio y natural y a cuya agonía estaba asistiendo. De no haber sido ésta la situación de Filipinas puede que ella hubiera escrito de una forma muy diferente, sin embargo la urgencia que emana de la obra a la que el lector hoy puede acceder, es la de perpetuar lo hispano como algo propio del mundo cultural filipino. Este planteamiento se evidencia también en las obras de la juventud, que, nacidas como simples composiciones de ocasión o de pura expresión lírica, vienen más adelante retomadas con el intento de dar señales de vida de una literatura y una cultura dada de lado y ya minoritaria. Y en Adelina la opción del castellano (recuérdese que se había educado en inglés) es una condición que connota su realidad de autora y la destaca entre otras mujeres, pero también la deja al margen. Y en efecto Álvarez Tardío clasifica a Adelina de «relegada» en el «limbo de los escritores a medio camino», es decir, en ese grupo de escritores que, eligiendo el español en una época de florecimiento del inglés, «podríamos agrupar bajo el nombre de escritores desarraigados», con el resultado de que Adelina se ve privada de reconocimiento tanto en Filipinas como en España. Toda la escritura de Gurrea Monasterio es un canto a su añorada Filipinas: «El desarraigo producido al verse alejada de su tierra filipina conlleva la necesidad de escribir piezas poéticas que reconstruyen una Filipinas idealizada a través de su naturaleza» así hay obras que solamente rozan esta postura y obras que entran propiamente en el tema, es este el caso de la conferencia-ensayo *Filipinas heredera privilegiada decía ayer... digo hoy* la cual, junto con el *Filipinas, auto histórico-satírico* es la obra más destacadamente «política».

Filipinas heredera privilegiada decía ayer... digo hoy es un texto publicado en 1954. Edita una conferencia pronunciada por Adelina Gurrea Monasterio en dos momentos diferentes y bien lejanos el uno del otro: data de 1935 la primera parte, leída en la Asociación «España-Filipinas», a la época de publicación (1954), cuando Adelina era secretaria del Círculo Filipino de Madrid, remonta la segunda, que fue pronunciada en dicho círculo; a estas dos fechas se refieren por lo tanto los dos subtítulos *Decía ayer* y *digo hoy*. De esta manera es un escrito que refleja claramente dos momentos lejanos y distintos, dos etapas de la vida de la autora, dos épocas históricas, y entre las cuales hubo dos guerras, dos grandes choques colectivos, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial que en Filipinas y en todo el Pacífico no fue menos terrible que en Europa. Anima todo el escrito a un «planteamiento historicista y evolutivo» (Álvarez Tardío).

Se abre el texto con la explicación de las razones de los dos distintos momentos de composición; la autora, según afirma, no ha querido cambiar nada por «honradez profesional» y porque evidentemente, y a pesar de la diferencia que se nota, seguía todavía compartiendo esa visión expuesta casi veinte años antes:

La primera parte de esta conferencia, que corresponde al subtítulo «Decía ayer», es una repetición de una disertación que di en el año 1935 [...] No he querido cambiar ni corregir nada en ella, por honradez profesional, ya que si después de diecinueve años hay errores posibles en cuanto quise profetizar, debo dejar patentes dichos errores. Yo, sin embargo, creo que he acertado, y si algunas de mis apreciaciones pudieran parecer pretenciosas o falsas, el tiempo es, aún, quien debe enjuiciarlas en lo futuro (p. 5).

El objetivo de este escrito al parecer es «meramente informativo».

Tampoco fue un capricho mi elección, ni siquiera un prurito de presentar algo original, pero de carácter meramente informativo. No, hay un fin de utilidad patria en esta exposición - quiere haberlo por lo menos - y si no se alcanza dicha utilidad será por torpeza exclusivamente mía (p.6).

Adelina, con una profesión de modestia que es una estrategia retórica de *captatio benevolentiae* para conseguir atención y crédito por parte de su audiencia, según dice, no pretende exponer algo original sino reflexionar sobre el pasado y sobre la doble herencia de Filipinas con el fin de proponer un futuro que aproveche todos los aportes culturales que las islas han recibido.

Al demostrar que Filipinas es una heredera privilegia, quiero traer a la mente de cada hijo de Filipinas que su patria está colocada en situación especial para hacer de ella una potencia dirigente en el Oriente, y que sólo la desidia de sus habitantes impedirá el que cumpla esa gran misión que la asignó la historia al verter sobre ella cuantos dones son precisos para erigirse en luz, en antorcha, en continuadora de la civilización que comenzó en Asia, y moviéndose hacia el Oeste vuelve a Asia otra vez. Pero no a los pueblos viejos. Los caminos jóvenes de las jóvenes civilizaciones necesitan juventud para cumplir su destino. Filipinas esta en su adolescencia (p.6).

En la visión de la joven Adelina, Filipinas es un país nuevo que está en su adolescencia y para crecer necesita atesorar su herencia por completo. Monasterio, que en esa larga primera parte peca de didactismo retórico escolar, compara la situación de su país con la de los pueblos de la antigüedad, Egipto, Grecia y Roma, y reconoce en el modelo bipolar de Grecia (Esparta y Atenas) un paralelismo con Filipinas que ha sido colonizada por dos diferentes pueblos occidentales:

Me extiendo un poco más con Grecia porque fue un pueblo que no deben olvidar los filipinos, y hago hincapié en que el hecho de su grandeza tuvo por base la fusión de dos fuerzas que se completaron e hicieron un todo perfecto para la vida [...] y subrayo esas sus dos características porque Filipinas ha recibido, herencias de dos fuerzas semejantes, que deben aprovecharse para los mismos fines de grandeza que realizó Grecia: América, músculo, empeño, tenacidad, lucha dinamismo; España, espíritu, tradición, ideal, arte, intelecto, corazón (pp. 8-9).

Teoriza una visión de la historia como una continuidad espiritual de valores y de conocimientos en la que la herencia de Roma, a través de España, pasa y se transmite a Filipinas y, por lo tanto, esa herencia antigua y prestigiosa, entra a formar parte del patrimonio genético del país asiático:

Roma dejó en España instituciones, que han perdurado con más pureza que en la misma tierra que las creó, y Filipinas, al recoger esa herencia también, tiene una relación indirecta, con aquella Roma de entonces, directriz absoluta de los destinos del mundo, pero, sobre todo, de los destinos de Europa, de la civilización occidental (p. 9).

Y es sintomático que en ésta, a la vez antigua pero también moderna, visión de la historia como continuidad espiritual de valores y de conocimientos no haya espacio ni mención para lo nativo que preexistía, y que – si se transmiten herencias a través de una «relación indirecta» – parece casi no dejar huellas (¿positivas?), ya que probablemente no se considera portador de valores. Sigue un largo *excursus* histórico sobre los descubrimientos y la colonización de Filipinas, cuyo objetivo es rematar los orígenes de esa...

...herencia privilegiada de Filipinas en el campo de la Historia, de la Cultura, de la Religión, del Carácter y de la Moral ...[con la finalidad de] ... demostrar que puede ser uno de esos pueblos faros, de esos pueblos maestros, por su virtud de dones y de gracias, de coincidencias y de esfuerzos buscados, de heroísmos y de fanatismos, de un cúmulo, en fin, de regalos históricos, raciales y geográficos (pp. 9-10).

Curiosa parece la afirmación de que fue una fortuna para las islas no ser colonizadas por los portugueses como debía ser según el tratado de Tordesillas:

Afortunadamente, y se debe anotar este hecho como un golpe de suerte para Filipinas, no se dieron cuenta entonces de que éstas se hallaban a pocos grados al oeste de las Molucas... Si Portugal hubiese recabado sus derechos... su suerte [de Filipinas] hubiera sido muy distinta de la que es (p. 13).

Evidentemente, Adelina Monasterio considera que el futuro bajo la corona de Portugal habría sido incierto, precario e intranquilo. Contrariamente para Gurrea, según una visión – muy propagada en esa época de incipiente nacionalismo – algo providencialista de la historia y de la vocación imperial de España, ha sido una suerte la colonización por parte de un país con muchas «virtudes» como España:

Queda, pues, explicado porque podemos decir que Filipinas es una heredera privilegiada en el campo del la *historia*; fue colonizada por amor a ella, y no en virtud de sus riquezas – que entonces no significaban nada – por la nación más poderosa, más hidalga y más llena de fervor evangélico (p. 17).

Con claro marco colonialista aparece el juicio que, en su primera composición (1935), Adelina da sobre la cultura nativa, considerada como algo bueno pero primitivo; manifiesta muy claramente esa idea del «mito del buen salvaje» que, las curas de los “buenos” misioneros, al no difundir la lengua española, han preservado durante siglos en un prolongado, y supuestamente feliz, estadio infantil:

Esto fue un mal para España pero un bien para el país, por cuanto que así se prolongó la infancia de las islas, y viene a caer su juventud en una época, la presente, en que coincide con la vuelta de la civilización al Oriente, y Filipinas puede recibirla y dirigirla con toda la pujanza de un pueblo joven, vigoroso y admirablemente preparado con armas modernas, tanto morales como materiales (p. 15).

Y siempre con una aptitud colonialista y una visión algo providencialista de la experiencia colonial, afirma que la fusión de varios pueblos se ha verificado gracias a la grandeza de España, el mejor colonizador posible de la época:

De toda esta breve historia se desprende que Filipinas tuvo por primera potencia colonizadora al imperio más fuerte de aquel tiempo (p. 15),

y cuyos defectos, casi como siguiendo un proyecto providencial, han sido luego subsanados por la otra diferente colonización:

Así, pues, la segunda herencia de Filipinas fue también la mejor de su tiempo, como España fue lo mejor en el siglo de su descubrimiento, porque además de ser América del Norte, país rico, poderoso, pujante y organizado, se olvidó un poco de ciertos métodos de imperialismo que había usado para con otros pueblos por ella tutelados, y dio a Filipinas favores excepcionales, respetando toda la cultura y la obra anterior, del anterior país colonizador. Y le dio sobre todo la fuerza material, el nervio, el músculo, el cálculo, que por demasiado idealista y soñadora no le había sabido dar España (p. 19).

Según esta visión, Filipinas sería el producto de lo mejor de Occidente y la síntesis entre los valores del espíritu (España) y la inteligencia práctica (Estados Unidos), destacándose de entre sus vecinos que, o atrasados, como Borneo, Sumatra y Java, o forzosamente occidentales, pero sólo en la apariencia, como Japón, no poseen los recursos de su país.

Filipinas recoge las dos características, las dos herencias, y debe conseguir formar un conjunto perfecto de una juventud con experiencia. Hablemos de la enorme ventaja de haber heredado también las dos lenguas más universales y de más utilidad en todos los ramos de la vida moderna (p. 22).

En fin, la gran herencia y fuerza de Filipinas es nada más que la Religión Cristiana, el verdadero elemento de unidad de las miles de islas del archipiélago:

Pese a quien pese, nadie puede negar la realidad en cuanto al papel del Cristianismo en la Historia del mundo.Y esta religión está representada en Oriente por Filipinas. Más aún, Filipinas es el único pueblo cristiano del Oriente, con una unidad en su religión, y, por tanto, puede actuar moviendo los mismos resortes morales en la conciencia de las masas, para llevarlas hacia una unidad de cultura y una unidad política completamente occidentales. [...] la religión cristiana ha de ser para Filipinas la base sobre la cual ha de levantar el edificio de la civilización de Europa en el Oriente (pp. 25-27).

Concluye esta primera parte del discurso con una exhortación a la responsabilidad de los filipinos:

Y si en Filipinas no se pasea triunfalmente, habrá de ser porque el filipino no habrá querido administrar la cuantiosa herencia de sus colonizadores, y, cual hijo pródigo, inconsciente, irresponsable, vacío de amor patrio y desnudo de afán progresivo, dilapide esa fortuna espiritual y material y entregue sus herencias a la usura imperialista de otros pueblos orientales donde el hombre no tiene más importancia que la de ser un eslabón en la continuidad de la raza (p. 27).

En la segunda parte de este ensayo, *Digo hoy*, escrita bien veinte años después, Adelina dejado el retoricismo escolar, demuestra mayor madurez y deja entrever la desilusión seguida a la devastación bélica y a la, en cierto modo, peor situación tanto filipina como mundial. Sin embargo destaca la coherencia de pensamiento que, depurada de los ardores juveniles, es capaz de penetrar la realidad profunda, sacando de los males que han caído sobre Filipinas unos bienes:

Así y todo, yo sigo diciendo que Filipinas debe ser el país faro y guía del Oriente, por todo cuanto he expuesto antes, por su preparación occidental, y ello a pesar del error cometido que retrasa su progreso en muchos años (p. P. 30).

Agudamente observa como un nacionalismo exasperado haya una vez más dañado Filipinas; el conceder la independencia demasiado temprano se convierte en una ventaja más para el último colonizador (los EEUU) que al final ha sacado su provecho antes y, tras haber utilizado Filipinas para su guerra, sigue sacándolo al dejar una colonia tan arruinada:

Filipinas ha escogido muy mal momento para recibir su independencia; muy mal por dos motivos: primero, porque es disparatado recibir la libertad sobre un campo humeante de ruinas; aceptar la responsabilidad de andar sola y sin tutela por el vacío cuya ingravidez no ofrecía estabilidad alguna, emprender una carrera política y económica sobre yermos, espinos, pedregales, cuesta arriba y sin el entrenamiento de una experiencia adquirida. Ya hubieran sido difíciles los primeros pasos en momentos normales; en las circunstancias en que se realizó el comienzo de nuestra independencia la tarea era, para superhombres. Con ciudades arrasadas, sin servicios de agua, de electricidad, de transporte, de urbanización, sin viviendas y con la autoridad debilitada para el mantenimiento del orden público, con enemigos emboscados en el caos de una postguerra, la situación era simplemente trágica y sólo una irresponsabilidad o una desmedida ambición pudieron aceptarla en tales condiciones. [...] ¿Qué economía podía prosperar con un capítulo tan pesado de gastos para la reconstrucción, si ésta era de enormes proporciones y la falta de producción en la industria y el agro no podía ofrecer los medios para ello? La ayuda recibida no era nada comparada con lo necesario. Y ocurrió, y aun ocurre, que el ciudadano filipino, acostumbrado a una vida paradisíaca, fácil en el trabajo y las ganancias, se ha sentido

defraudado ante tanto sacrificio como se le ha exigido, considerando que se le pudo haber evitado tal calvario con sólo haber esperado a que América nos hubiera dejado el país como antes de ser destruido por causa de una guerra, contra ella precisamente (pp. 30-31).

Palabras muy claras y motivadas incluso por cierta rabia, la rabia de quien ve su país devastado por una guerra ajena a sus intereses o vanidades de conquista, guerra que ha ulteriormente retrasado el desarrollo del país:

Al echarse los filipinos sobre sus hombros toda esta ingente tarea, han retrasado el progreso de Filipinas por lo menos veinte años (p. 32).

Tampoco Adelina se niega a criticar el planteamiento muy nacionalista fomentado por el Japón y bien descubre lo que escondía por detrás:

La guerra vertió sobre la esencia de las herencias de Filipinas una serie de reactivos perjudiciales para la consolidación de aquélla; consolidación que debía llevar a la formación definitiva del carácter del filipino. La propaganda del Japón en un sentido racista, con el lema de «Asia para los asiáticos» —aunque la fuerza occidental del filipino no quiso hacerse eco de ella, y aunque el intelectual filipino sabía que en realidad había que leerlo y entenderlo como «Asia para el Japón» —no dejó esta propaganda de impresionar al pueblo menos preparado y tan amante y orgulloso siempre de su calidad malaya (p. 33).

Profético resulta ahora, después de un tan largo proceso de decadencia, la percepción de la situación de la juventud filipina, agravada por una educación cada día peor que no sabe (o no quiere) transmitir a las nuevas generaciones la “pluriculturalidad” de Filipinas:

Por observaciones hechas en jóvenes de la nueva generación de habla inglesa, deduzco además que la influencia norteamericana no se ha consolidado en el alma filipina, probablemente porque no ha tenido tiempo para ello, y estos jóvenes, despegados de su otra influencia, por ausencia de contactos en su período educativo, flotan en una insensibilidad espiritual que reclama una rápida intervención que los lleve a tierra firme por medio de una muy cuidada educación que no desprecie ni desperdicie nada de sus dos influencias mencionadas. Tarea muy difícil, desde luego, pero que hay que llevar a cabo si no queremos que al fraguar en el crisol histórico el contenido de dichas influencias, resulte el filipino un ser híbrido, quebradizo y vacilante que arrastre como secuela de su inestabilidad un marcado complejo de inferioridad (p. 34).

En fin, en el discurso de Adelina queda claro que hay que hacerse cargo y responsabilizarse de la propia historia así como es, y que ésta nunca se puede borrar, y precisamente en esta intuición, en la capacidad de sacar de los males del pasado una oportunidad para el porvenir, está su modernidad y su pujante actualidad:

El nacionalismo extremado no puede ser un remedio de ninguna manera, porque el pasado no se puede borrar ni se puede perder del todo. Volver a nuestra pura esencia malaya es tan imposible como borrar del calendario trescientos cincuenta años. [...] Hay algo ya indeleble en el espíritu filipino, pese a apariencias rotundamente indígenas o sajonas, algo sustancial en su moral, su religión, su carácter y su cultura, sedimentado por los siglos de convivencia con España. ¿Debemos, por esto, cultivar exclusivamente esta faceta de su ser? De ningún

modo. Quédense las excelencias de lo nativo, ... quédese el dinamismo de lo sajón y su sentido práctico (pp. 34-35).

Adelina en su razonamiento plantea un problema esencial en la definición de la identidad nacional, es decir el problema de la lengua que, como en la «perfectamente civilizada» Suiza, no tiene por qué ser una y una sola, y propone una educación bilingüe (a la vanguardia hoy):

Y que se aprendan los versos castellanos que los poetas filipinos escribieron en ese idioma, sin traducirlos, aunque sean la letra del Himno Nacional. ... Filipinas debe ser una nación bilingüe, por lo menos, y ¡qué armas en la lucha por la vida resultarán el inglés y el español para el ciudadano filipino! (p. 35).

Si ésta es la propuesta, Adelina no falta de registrar la triste realidad:

En el momento presente, tengo la sensación de que la enseñanza en Filipinas es bastante superficial... La historia de España, sabida actualmente por una mayoría de filipinos, es una historia adulterada por la leyenda negra, y la desvirtuación de lo real [...] seleccionando únicamente lo malo que forzosamente ha de arrastrar una colonización (p. P. 36).

Y bien concluye:

Que todos los metales preciosos de su herencia sean fundidos, mantenidos por el calor del patriotismo y vertidos en el crisol del cristianismo, para que del mismo salga fraguado y moldeado el carácter y el alma históricos de una raza, homogénea en su diversidad y capaz de dirigir los destinos en esa parte difícil y algo ambigua del mundo, que geográficamente es el Este y el Sudeste de Asia (p. 38).

A modo de conclusión se puede afirmar que no cabe duda de que, por obvias razones, las simpatías de Adelina se dirijan a España y su herencia lingüístico-cultural, sin embargo ella consigue poner de lado rencor y reivindicaciones inútiles para proponer un modelo cultural y civil que, además de posible, sea ventajoso y rentable, y que convierta los avatares de la historia en una oportunidad para su tierra. Adelina es capaz de presentar algunas pistas de reflexión interesantes y, en unos momentos, demuestra una muy aguda capacidad de penetración de la realidad de entonces. Se da cuenta, de la crisis de valores y de identidad que está devorando el corazón de la nueva República, y, aunque no lo diga, parece individuar en la política, una política alumbrada, el único instrumento eficaz para transformar Filipinas de una periferia colonial en una «heredera privilegiada».

Elizabeth Medina

Otra autora que trata el tema de la identidad, y, por consecuencia, el de la herencia hispánica, es un escritora de hoy en día. Elizabeth Medina nació en Filipinas en 1954 y allí, viviendo en Quezon City y Makati, creció y se educó en los colegios de la capital. En 1973, emigró con su familia a los Estados Unidos, aquí en San Francisco y en Washington, residió durante casi

diez años. Por el hecho de casarse con un chileno, en 1983 se estableció en Santiago de Chile y aquí sigue viviendo y trabajando como intérprete y traductora. Desde 1991 se dedica al estudio de la historia e identidad de Filipinas, intentando ponerlas en relación con la cultura latinoamericana. En 1998 ha publicado su traducción al inglés de la biografía de José Rizal, escrita por el insigne filipinista español Wenceslao Retana y Gamboa en 1907, obra maestra de las letras filipinas y que increíblemente la mayoría de los nativos desconoce por estar escrita en español.

Este mismo año acaba de publicar en Chile un interesante libro sobre el tema de la identidad filipina cuyo título es *Sampaguitas en la cordillera. Reencuentros en Chile*. En este libro, que se puede calificar al mismo tiempo de diario, colección de memorias familiares, relato de viaje, ensayo histórico-sociológico, Medina relata parte de su experiencia como inmigrante en Chile y de como esta experiencia de desarraigamiento le ha permitido redescubrir sus raíces étnicas y las fuertes huellas hispánicas presentes en su cultura filipina.

Sampaguitas en la cordillera se compone de tres partes: *Reflexiones*, *Descubrimientos* y *La historia en fotografías*. Es, al parecer, simplemente el relato de una investigación personal sobre eventos familiares ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial; casi con un tono de novela policíaca – aunque el ritmo es más relajado y no se trata de un texto de ficción – está construida con añicos, fragmentos de diálogos, documentos diferentes, materiales varios y relatos sobre los personajes encontrados a lo largo de su camino. Medina narra la historia de su abuelo Emilio Medina Lazo, que fue rival político de Mariano Marcos (padre del presidente-dictador Ferdinand) y gobernador de la provincia de Ilocos Norte durante la invasión japonesa (1941-1945). Medina Lazo, acusado de ser colaboracionista, fue ejecutado por una unidad guerrillera de USAFFE (Fuerzas Armadas de Estados Unidos en el Lejano Oriente) en 1945, al salir los japoneses de la región.

Este libro es por lo tanto la crónica de un viaje a Filipinas en búsqueda de una posible “verdad” sobre los desconocidos hechos que afectaron a la familia Medina durante la guerra, sin embargo se convierte en una ocasión para reflexionar sobre los antecedentes de la nación filipina y la relación que este pueblo lleva con su pasado. Elizabeth Medina, para presentar su discurso y visualizarlo, utiliza dos símbolos de los mundos entre los que ella vive: la sampaguita que es una flor blanca, fragante y olorosa, una especie de orquídea, es la flor nacional de Filipinas; y la cordillera de los Andes que es el paisaje constante y típico de su país de adopción, país de sus hijos:

Nuestra flor nacional es de una belleza sencilla; su fragancia esparcida por la fresca brisa es especialmente exquisita en las noches, cuando la gente sale después de la cena para dar una vuelta y saludar a los vecinos que también salen a camina. Así era la vida en Filipinas cuando era pequeña ... En la Cordillera de los Andes, en Santiago de Chile, reencontré la magia de esas noches tranquilas, fragantes, en la cercanía de mis seres queridos (p. 7).

Curioso y singular es el recorrido existencial de esta autora que, ha peregrinado entre Asia y América compartiendo la suerte de muchos de sus connacionales obligados a la inmigración. Al final de su «odisea» lo que ha «recontrado» en Chile, ha sido también, con orgullo y asombro, su propia y, por fin, global, no amputada, identidad filipina:

Descubrí el verdadero sentido de ser filipina, gracias a una serie de encuentros decisivos. Primero, mientras revalidaba la enseñanza media estudié por primera vez la historia colonial chilena; segundo, durante la cena navideña de 1990 en la embajada filipina, cuando conocí a Ángel García Crespo, quien había conocido a mi abuelo paterno, Emilio Medina Lazo, en el norte de Filipinas en 1944. El encuentro con Ángel iba a gatillar el tercero: un viaje al norte de Filipinas por primera vez en mi vida, a Ilocos Norte, la provincia de mi padre, para entrevistarme con gente que supiera algo sobre la muerte de mi abuelo, ocurrida en 1945 (p. 8).

En la primera parte *Reflexiones*, Medina refleja su vida, sus experiencias a partir de la infancia y adolescencia hasta la vida de mujer adulta en países extranjeros y explica los presupuestos de su búsqueda de noticias sobre su abuelo. A través de la experiencia personal ofrece al lector el punto de vista en que los filipinos se ponen para mirar hacia sí mismos:

Los historiadores filipinos han escrito sobre la impasibilidad y fatalismo del pueblo, como si fueran la esencia misma de nuestro ser. Sin embargo, intuyo que son mecanismos de defensa contra la violencia sistemáticamente ejercida contra el ser indígena. El mismo fatalismo, junto con una religiosidad angustiada, se evidencia en otros pueblos subyugados [...] nuestro autoconcepto como pueblo, formado a fuerza de los continuos golpes del destino, es el de una nación profundamente traumatada (p. 55).

Ella bien explica, retomando las palabras del «paradigmático historiador filipino» Teodoro Agoncillo, el supuesto carácter nacional señalado por la expresión tagala *bahala na* (“Venga lo que venga” o “Lo que será, será”):

Es un modo de enfrentar la vida animado por un sentido de fatalidad, y es esta fatalidad la que hace que el filipino sea como un niño. ¿Podrás pasar nuevamente por esa dolorosa experiencia? *Bahala na*. Él es grande y fuerte, ¿no hay forma que puedas ganar la contienda! *Bahala na*. Nuestras provisiones de comida están bajas y no podrán durar siquiera tres días. ¿Qué haremos? *Bahala na*. No estás preparado para dar el examen. *Bahala na*. Todo se deja al *bahala na*, al destino, ya que Dios sabe cuidar de sus hijos. Este fatalismo ha favorecido en el filipino la virtud o el vicio de la resignación. Por lo tanto se enfrenta al desastre o a la tragedia con ecuanimidad. Aparenta indiferencia frente al fraude y la corrupción. Se mantiene impasible ante el desastre personal. Pero es precisamente esta actitud de *bahala na*, la que le impide perder la razón. ¿No será que *bahala* viene originalmente de *Bathala*, el Dios supremo de los antiguos tagalos, y que *bahala na* significaba en tiempos antiguos: «Si Dios quiere»? [...] Sin embargo, nuestra filosofía de *bahala na* tal vez tenga que ver con la resistencia a renunciar a la memoria de otros tiempos, marcados por la tranquilidad y la despreocupación. Son cualidades opuestas a la seriedad y el dramatismo del carácter español, tan apegado a lo trágico y bizantino [...] En aquel mundo, *bahala na* tenía sentido porque la supervivencia no era difícil. El diario vivir no se desenvolvía en medio de constantes amenazas que requerían de la vigilancia permanente (pp. 56-57).

De un *bahala na* “ecológico”, es decir en sintonía con el ambiente material y el universo mental del nativo, el indio filipino se ve de repente lanzado en el Renacimiento europeo y tiene que cambiar, con violencia, muchos de sus horizontes culturales y puntos de referencia. Así Medina explica, a través de una historia particular y personal, o sea la propia, la relación tormentosa de su nación con su pasado y con sus varios colonizadores, relación tormentosa que se refleja y resulta evidente en la formación cultural de los jóvenes. Recuerda ella, por ejemplo, el estudio de la historia nacional en la escuela, y como todo – ignorando el principio de causa/efecto – se configuraba como una serie de datos sin relación entre ellos, anillos quebrados de una cadena inexistente donde el origen de todo, según una visión eurocéntrica, estaba en el Tratado de Tordesillas, un simple detalle dentro del secular proceso de formación de los pueblos malayos de las islas del Pacífico:

Recuerdo mi primera lección de Historia Filipina cuando tenía trece años. La recuerdo sobre todo porque abrí un libro y lo primero que leí fue: «*Tratado de Tordesillas*», y aquella palabra extraña y fea: «*Bula*». No lograba entender qué significaba porque me era una voz del todo desconocida [...] Recuerdo que sentí ese día la misma emoción que sería el *leit motiv* de mi adolescencia, en mi relación con los educadores y la imagen que me transmitieron de Filipinas: desconcierto y no-identificación. La profesora nunca comentó la insólita arbitrariedad del Papa al dividir el mundo en dos, como si fuera una torta. Si nos hubiera contado la historia completa, a lo mejor no hubiéramos quedado tan perplejos (pp. 41-42).

En edad adulta, al entrar en contacto con la realidad de vida de unas tribus malayas semi-primitivas de la cercana Indonesia (los Toraya), la autora se entera, con conciencia, de cual debía de ser la realidad pre-española en su archipiélago, y se identifica también con esta realidad humana considerando esa historia parte también de su historia. La apropiación consciente de una parte de su historia hasta entonces ignorada, le lleva a comprender mejor el choque que tuvo que ser para los malayos el encuentro con los europeos, y la consecuente reacción de defensa por parte de los nativos, cuyo resultado es la actual aptitud de indiferencia:

Éramos del mundo de los Toraya. Llegaron los españoles y nuestra acompasada vida ... se vio abruptamente desestructurada [...] Algunos se resistieron [...] pero muchos más adoptaron las máscaras del servilismo y la inferioridad. Y llegamos a fusionarnos con esas máscaras hasta que el sufrimiento devino una parte intrínseca de nuestro ser (pp. 53 y 59).

Esta indolencia y servilismo son una constante de toda la experiencia colonial, una aptitud que en Filipinas tal vez se ha agudizado durante la época de dominio norteamericano. Esta nación, defensora de la libertad, ha rematado una relación de fuerte y humillante submisión: el civilizador yanqui consiguió ahogar la aspiración de libertad e independencia de la joven nación filipina y hasta consiguió borrar de la memoria, tanto personal como oficial y colectiva, la lucha por el poder; por esta razón la guerra filipino-norteamericana (1898-1901) que siguió a la cesión de Filipinas por

parte de España, se conoce también como «guerra olvidada». Medina justa y curiosamente califica esos terribles genocidios pasados bajo silencio, como «el primer Vietnam, donde salió ganador Estados Unidos» (p. 62); al mismo tiempo nuestra autora se da cuenta de que también las atrocidades japonesas – tercer colonizador-invasor del archipiélago – fueron «escasamente transmitidas por las generaciones que sobrevivieron». Tras haber recorrido tantas épocas, la conclusión es la toma de consciencia de que no puede ser casual si:

No existe ningún monumento nacional, ni recordatorio a los caídos de la revolución filipina contra España, de los de la guerra filipino-norteamericana, o los de la Segunda Guerra Mundial (p. 71).

Por lo tanto Elizabeth Medina, a través de su obra, quiere dar cuenta de la evidente falta de memoria de los eventos pasados y de la falta de autoconsciencia civil que el pueblo filipino, por razones históricas y políticas, sufre. Una falta de autoconsciencia que nuestra escritora ha podido finalmente sanar sólo gracias a un desarraigamiento e inmersión en la realidad chilena; y a este respecto sorprende enormemente al lector que no hayan sido los diez años en los Estados Unidos la causa de este proceso de reflexión, sino el vivir en un país más parecido al suyo:

En Chile recuperé mi paraíso perdido, Filipinas, con reflexión, madurez y aceptación de la realidad en que vivimos (p. 7).

En Chile me vi obligada a asumir mi identidad étnica... Al radicarme en Chile me di cuenta de que no era norteamericana (p. 76).

Y en Chile, a través del encuentro inesperado y casual con un paisano, tuvo la posibilidad de “reencontrarse” con la figura del «abuelo mítico», de toda su historia familiar y de una entera comunidad local y nacional. Nació en la autora el deseo de volver a su país «para descubrir todo lo que pudiera acerca de quién fue y de cómo murió» su abuelo; un viaje que es un viaje en el espacio pero también en el tiempo. El viaje de Elizabeth a Ilocos fue un verdadero «peregrinar» a esas remotas regiones de la memoria, en el norte de Luzón, conociendo “hermosos” «lugares perdido en el medio de la nada», hablando con testigos que pudieran proporcionarle trozos de verdad sobre sí misma, sobre su historia familiar y personal. A su regreso nació este libro, “testimonio” de esta operación de redescubrimiento de la memoria, porque el impacto con esta nueva y antigua realidad, desconocida racionalmente pero siempre llevada en sí, hace brotar la obligación de la escritura:

Voy a describir aquel viaje personal, que quisiera compartir, íntimamente convencida de que no es sólo mi historia, sino la de millones de filipinos que crecieron desconociendo el pasado de sus familias. En esas historias hay leyendas, mitos y fantasmas; lugares secretos y gente que todavía recuerda y puede servirnos de guía. Los lugares no son en realidad misteriosos... es la ignorancia y, tal vez, el temor, lo que los envuelve en el velo del

misterio. Sin embargo, cuando encontramos el camino de retorno a ellos descubrimos que – lejos de sernos extraños – son «extrañamente» familiares; más importante aún, que iluminar el escenario de ese pasado ignorado satisface una profunda e ignota añoranza del alma: un secreto anhelo de volver y recuperar el punto de origen. Verificamos que el retorno llena una necesidad interna de completar las cosas, de poner ceremonioso y respetuoso fin a cada ciclo de la vida, y sacralizar los vínculos entre las generaciones, entre los vivos y los muertos [...] la importancia psicológica de tal acto trasciende el mero desvelar «hechos verídicos» o la realidad anecdótica. Tiene que ver con fundar el mundo, y ubicar nuestro centro; es un acto religioso en el sentido del reencuentro dentro de uno mismo con lo sagrado de la vida y de la existencia humana (p. 85-86).

Anima este libro la voluntad de que todo no se vuelva a perder de nuevo, ya que:

De niña sentí la necesidad de leer un escrito como éste y tal vez haya jóvenes hoy a a quienes les sirva (p. 8).

Se comprende que el esfuerzo de Elizabeth Medina sea el de tejer y reanudar todos los hilos perdidos a lo largo de la historia, para salvar añicos de un mundo que va desapareciendo:

Sólo quedaban leves huellas y pocos testigos... ya es un milagro haber podido escucharlos y recoger los escasos testimonios que presento. Hoy, después de quince años, mucho ya no existe” (p. 14).

En estas doscientas páginas la autora explica, a través de una historia particular y personal, la relación tormentosa de la nación filipina con su pasado y con sus colonizadores. Medina demuestra como los filipinos de hoy realmente parecen ser «hijos del trauma», es decir, inconscientes de su pasado, ajenos a una perspectiva histórica de los eventos que han condicionado su realidad, tanto material como psicológica y espiritual y ella bien individua las razones del desplazamiento que vive el filipino moderno, y sobre todo el intelectual, más aún el de habla hispana. Entre otras cosas, ella pone el acento en la actual pérdida de la herencia hispánica, que siente como algo sustancial del alma e identidad filipinas, y subraya como este olvido despoja a su país de la relación fundamental con la América hispánica, casi hermana gemela de Filipinas, la otra orilla del *mare nostrum* español, y de la cual Filipinas parece casi haberse destacado.

Conclusiones

Filipinas heredera privilegiada y *Sampagiutas en la cordillera* son evidentemente dos escritos muy distintos por género, estilo, gusto, distancia temporal, por la historia personal de sus autoras, por la época y la inquietudes que expresan, sin embargo permiten observar la evolución, o mejor, la involución del problema de la identidad filipina en la época presente y el de la difícil «digestión» y asimilación de todos los hechos, choques y «accidentes» históricos de la vida de esta

compleja comunidad nacional. Ambos escritos, en épocas diferentes, registran una situación de sufrimiento de una entera comunidad por el menoscabo de un bien, es decir el aporte hispánico, que es una parte importante de la identidad de esta nación. Nuestras dos autoras han tomado consciencia de este problema por razones muy diferentes, si Adelina percibe esta pérdida gracias a su herencia familiar, por pertenecer a una familia de origen española, Elizabeth se da cuenta del daño que representa el abandono del español, por desplazamiento cultural provocado en ella tras la inmigración a Latinoamérica; sin embargo ambas comparten la percepción, nunca claramente confesada, de sentirse una “voz en el desierto”, unas “casandras” inescuchadas y desentendidas por el auditorio nacional. Ambas plantean, no ya una restauración del pasado, tanto imposible como inútil, sino una recuperación global de todo lo que ha constituido la fisonomía filipina hasta hoy, es decir toda herencia, tanto indígena como colonial, y reconocen en esta pluralidad problemática la riqueza única de Filipinas. Con de la Costa ellas también parecen afirmar que: «*Our national culture is not what we have in the beginning, it is what we have today. And what we have today is not what we have to begin with, it is also what we have made our own. It is this totality, with all its diversity of parts and complexity of structure, that we have any right to call the culture of the Filipinos*»⁹. Y efectivamente nuestras autoras, según una no tan ideologizada visión de la historia, tratan de considerar los acontecimientos no tanto como simples traumas violentos, como una serie de accidentes históricos que debían de un modelo ideal, sino como un fluir continuo de hechos y eventos que necesitan ser digeridos y asumidos hasta en su aporte conflictivo. Según una óptica muy peculiarmente femenina, reconocen en este fluir de eventos faustos y de derrotas, un abanico de opciones que brinda la posibilidad de sacar lo bueno de cada experiencia para proyectar un futuro capaz de valorar lo mejor de todas las aportaciones culturales.

Fundamental en este sentido resulta el papel de la educación (y por lo tanto de la política), y, si la conferencia de Adelina propone válidas sugerencias, animando a que este país asiático aproveche su riqueza, el libro de Medina triste y claramente no puede no registrar como se han perdido muchas citas con la historia. En fin las dos, a pesar de sus personales simpatías y convicciones, amonestan a su pueblo que la herencia hispánica – como toda herencia – es tan propia e íntimamente filipina que no se puede ignorar o borrar, ya que, como escribía Nick Joaquin, «*it was Felipe Segundo who started the development of a national community by gathering us together under the sound of the bell*»¹⁰.

⁹ Fr. Horacio de la Costa, cit. por Nick Joaquin, *Culture and History*, Pasig City, Anvil, 1988, p. 333.

¹⁰ *Ibidem*, p. 410.

Bibliografía general

- Estanislao Alinea, *Historia analítica de la literatura filhispana*, Quezon City, Universidad Ateneo de Manila, 1964.
- Luis Mariñas Otero, *La literatura filipina en castellano*, Madrid, Editora Nacional, 1974.
- Guillermo Gómez Rivera y otros, *La literatura filipina en relación al nacionalismo filipino*, Manila, EPFL, 1978.
- Edmundo Farolán, *Literatura filipino-hispana: una breve antología*, Manila, Versman, 1980.
- Pennie S. Azarcón, *Kamalayan: Feminist writings in the Philippines*, Quezon City, Pilipina, 1987.
- Nick Joaquin, *Culture and History*, Pasig City, Anvil, 1988.
- Perdo Ortiz Armengol, *Letras de Filipinas*, Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores, 1999.
- Delfín Colomé y Pujol, *La caución más fuerte*, Manila, Instituto Cervantes, 2000.

- «Revista filipina» en [http:// revista.carayanpress.com](http://revista.carayanpress.com)

Sobre Adelina Gurrea Monasterio

a) Fuentes primarias

Obras

- *Cuentos de Juana*, Madrid, Imprenta de Prensa Española, 1943.
- *A lo largo del camino*, Madrid, Círculo Filipino, Tall. Gráfico Gaspaje, 1954.
- *Filipinas, auto histórico-satírico*, Valladolid, Imprenta Agustiniana, 1954.
- *Filipinas, heredera privilegiada; decía ayer, digo hoy*. Madrid, Círculo Filipino, Tall. Gráfico, 1954.
- *Más senderos*, Madrid, Imp. Suc. de Rivadeneyra, 1967.
- *Rizal en la literatura hispano-filipina*. Discurso de ingreso en la Academia Filipina. Manila, University of Santo Tomás Press, 1967.
- *En agraz*. Madrid, Graf. Dante, 1968.

Antologías

- Isabel Calvo de Aguilar, *Antología biográfica de escritoras españolas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1954.
- Manuel García Castellón, *Estampas y cuentos de la Filipinas Hispánica*, Madrid, Editorial Clan, 2001.

b) Fuentes secundarias

- Lourdes Brillantes, *80 años del premio Zóbel*, Manila, Instituto Cervantes y Fundación Santiago, 2000.
- Manuel García Castellón, *Introducción a «La doncella que vivió tres vidas» (Un cuento de Adelina Gurrea)*, en «Revista Filipina», ISSN 1496-4538, Tomo V No. 4, Primavera 2002.
- Andrea Gallo, *La literatura hispanofilipina hoy: Adelina Gurrea Monasterio, Edmundo Farolán Romer, Edwin Agustín Lozada*, Università “Ca’Foscari” Venezia, 2004 (tesi di laurea).
- Beatriz Álvarez Tardio, *Adelina Gurrea Monasterio: Vida y obra. Estudio y antología*, Manila, Archivo Nacional de Filipinas - Records Managements and Archives Office, por publicar.

Sobre Elizabeth Medina

a) Fuentes primarias

Libros

- *Rizal According to Retana: Portrait of a Hero and a Revolution*, Santiago de Chile, Virtual Ediciones, 1998.
- *Sampaguitas en la cordillera. Reencuentros con Filipinas en Chile*. Santiago de Chile, Ril Editores, 2006.

Ensayos

- *Discovering My Filipinas in Chile* en Kalaw-Tirol L., *From America to Africa: Voices of Filipina Women Overseas*, New York, FAI Resource Management, 2000.

Artículos y ensayos en web:

en Rizal-Blumentritt Society Viena, Austria:

- *Extracto de: «Rizal According to Retana: Portrait of a Hero and a Revolution»*, septiembre 1998 en <http://www.univie.ac.at/Voelkerkunde/apsis/aufi/rizal/retana2.htm>.
- *Who Was Wenceslao Emilio Retana?*, septiembre 1998 en <http://www.univie.ac.at/Voelkerkunde/apsis/aufi/rizal/retana1.htm>.
- *A Hispanized Philippines: A Good Option?*, marzo 2000 en <http://www.univie.ac.at/Voelkerkunde/apsis/aufi/history/medina1.htm>

en Kaibigan Kastila

- *Extracto del cuento corto 'Dumalaw si Rizal/ El Regreso de Rizal'*, 2005 en <http://www.geocities.com/Tokyo/Pagoda/7029/rizalxxi.html>
- *La Importancia de la cultura hispana para el Pueblo filipino. Charla en el Ateneo Obrero de Gijón*, 28 junio 2001, en <http://www.geocities.com/Tokyo/Pagoda/7029/conferliz.html>

en Revista Filipina

- *Una Mirada Alternativa a la Historia Colonial Filipina*, Invierno 2001, <http://revista.carayanpress.com/Archivos>.
- *Filipinas Hispanizada: Una Buena Opción?*, Otoño 2000 <http://revista.carayanpress.com/Archivos>.

en Ensayo Hispánico

- Miguel de Unamuno. Epílogo a *Vida y Escritos del Dr. José Rizal* de W.E. Retana. Edición digital y notas de Elizabeth Medina, en <http://www.ensayistas.org/filosofos/filipinas/rizal/unamuno.htm>